

María Fernanda Villosio

Cómo cultivar fuentes en el periodismo de investigación

¿Cómo se establecen las relaciones con las fuentes valiosas? ¿Realizas las preguntas de manera directa o comienzas con rodeos hasta llegar a lo central que quieres averiguar?

Hay un proceso de camaradería previa.

Lo primero que creo que existe es la cotidianidad de lograr confianza. En general es un intercambio, dado que cuando se establece una relación con una fuente es útil para los dos: al periodista, porque le dan información; a la fuente porque sin duda cuenta lo que quiere decir, porque siempre tiene algún interés por el cual cuenta algo. Que no quiere decir que sea un interés ilegítimo o ilegal. Siempre en un juego político hay posiciones. Hay oposición, oficialismo, y el que va a contar una información en general no lo hace objetivamente, sino que ocupa un lugar y le interesa difundir una postura. El trato se va estableciendo con la cotidianidad. Eso fue lo que sucedió en mi caso, con el ex secretario parlamentario del Senado Mario Pontaquarto, que en diciembre de 2003 en una entrevista que le realicé para el semanario TXT, dio detalles sobre el pago de coimas a un grupo de senadores para la aprobación de leyes laborales en el año 2000, tema que ya había cubierto para el diario La Nación. En el 2000, cuando sucedió el hecho, yo estaba acreditada en el Congreso donde Pontaquarto trabajaba, y desde entonces se fue estableciendo un círculo de confianza. El periodista sabe que la información que le tira su fuente es cierta, porque desde un comienzo se chequea en otros lados lo que esta fuente ha dicho. Así se va generando confianza. Y la fuente sabe que puede confiar en el periodista en el sentido que se reproduce fielmente lo que él dice, o bien no va a trascender su nombre, será respetado en plenitud, no va a ser tergiversado, va a ser chequeado.

Entonces se establece esa relación de confianza, que no significa amistad. Yo nunca tuve amigos que sean fuentes. Es necesario mantener un delicado equilibrio entre tener confianza, que esa persona se sienta cómoda y la suficiente distancia como para que si un día esa fuente miente hay que escribir algo en su contra, se pueda hacer. Ese equilibrio se pierde si se establecen relaciones amistosas con las fuentes. En ese caso la relación de confianza degenera en una relación de compromiso personal, que va más allá del trabajo, impediría escribir en contra de la fuente. Esto es necesario tenerlo siempre presente.

Asimismo, casi por oposición, es necesario considerar otro factor clave que es la sinceridad: que la fuente siempre sepa y nunca pierda de vista que el periodista está trabajando, y que en algún momento se puede llegar a escribir algo en su contra. El beneficio que se otorga es que no se publica antes de consultarlo con esa fuente. Se va a la fuente y se le dice "mirá tengo tal cosa" y ver qué descargo hace. Eso no implica una relación de complicidad. El beneficio es que no se lo va a traicionar publicándole algo en contra sin antes permitirle su descargo. Nunca debe enterarse de la información con el material

ya publicado. Muchas veces ocurre que la fuente acusada desvía el sentido de la información porque da pruebas contundentes a su favor.

Las amistades entre fuentes y periodistas son un problema en la Argentina. El problema es que le quitan independencia a los periodistas. Hay que ser muy cuidadosa. Genera costumbre entre las fuentes, ya que si les sucede con uno siempre intentan establecer ese tipo de relaciones con los demás. La clave pasa por encarar la relación estableciendo los códigos de antemano. Decirles de entrada que uno es profesional, que está haciendo su trabajo. De la puerta para afuera pueden existir simpatías, porque una persona puede caerte mejor que otra, pero siempre teniendo en claro que el periodista está haciendo su trabajo. Si eso está claro desde el comienzo, que a todas las fuentes se les da el mismo trato, a la larga no se ofenden. Saben cómo son las reglas de juego.

Un claro ejemplo es lo que me sucedió con la Fundación Poder Ciudadano, una organización a la que le tengo simpatía. Sin embargo, cuando tuve información en contra de uno de sus directivos (el ex presidente Mario Rejtman Farah) la publiqué. Es mi trabajo. Y una semana antes de que sacara esa nota -que finalmente lo hizo renunciar, había publicado otra nota basada en un informe elaborado por Poder Ciudadano, acerca del manejo discrecional de la publicidad oficial por parte del gobierno nacional. Por supuesto que tuve la deferencia de decirles lo que tenía y de darles la chance de que “me den vuelta” a la información, que la desmientan. A la larga no hay amigos ni enemigos, sólo fuentes.

¿Cómo creas una red de fuentes de confianza desde un comienzo, en un espacio nuevo? ¿Cómo se comienza, desde los asesores hacia arriba o desde los senadores o diputados hacia abajo?

Cuanto mayor cantidad de fuentes se puedan sumar mejor, porque en nunca se sabe qué se va a utilizar. En el caso del Congreso, que me tocó cubrir varios años para La Nación, para definiciones políticas, para lograr la última palabra había que hablar con un senador, pero para saber la cocina de los hechos que allí suceden, para conocer la letra chica de los proyectos de ley, el asesor es ideal. Además puede explicar mejor y dedicar más tiempo a los periodistas. El senador puede ser importante también porque habilita a sus asesores a que tomen contacto con la prensa y “pasen” los proyectos o los expliquen. Después los que se sientan con los periodistas o los que suministra datos que no necesariamente convienen a los senadores (sus jefes u otros), son los asesores. Por eso es importante cultivar todas las fuentes, cada una tiene su fortaleza.

El flujo informativo que se da en este tipo de instituciones no hace que el periodista necesariamente trabaje de abajo hacia arriba entonces...

No, en general yo diría que es al revés. Y después lo mejor es ir teniendo un intercambio, porque se van volviendo autónomos. En principio un senador le da el OK a un asesor para que hable con tal periodista, o habilite alguna cosa. Ahí se establece un vínculo entre asesor y periodista. Luego cuando el asesor ya conoce al periodista, ve que trabajó bien el material que le dio, que no tergiversó, que fue fiel (porque a veces con las cuestiones técnicas de los proyectos puede pasar que los periodistas cometamos errores y esa es una de

las peores cosas que puedes hacer para cultivar la fuente), el asesor se independiza del senador, y comienza a tirar pequeños datos no necesariamente en comunión con sus jefes políticos. Eso es ir abriendo el abanico de las fuentes. La clave siempre pasa por la confianza, en el respeto por el otro, eso se transmite. Y es importante ir de frente.

¿Qué pasa una vez que publicas un material, te llaman nuevas fuentes, las viejas te recriminan, baja o sube la confianza?

Por supuesto siempre hay algo que puede no gustarle a una fuente. A pesar de que como decía antes el periodista no debe jugar con el factor sorpresa, y debe poner en aviso a la fuente sobre el material que se va a publicar. Eso muchas veces me ha jugado en contra, tiene sus riesgos, porque muchas veces alguien puede llamar al medio y frenar la nota desde arriba o sufrir una operación de prensa par contrarrestar la noticia que se va a difundir (eso no me ha pasado, más bien me sucedió lo primero). Son riesgos, pero he tenido mejores resultados con esta metodología que la cantidad de notas que me han frenado. Y también es un salvaguarda personal.

No lo hago porque me considere un héroe del periodismo. No me gusta y más vergüenza me da que me desmientan. Eso se ha perdido bastante en el periodismo en general, la vergüenza de ser desmentidos. Esa estrategia, por supuesto, genera que muchas veces me haya tenido que bancar vacíos, que alguien deje de hablarme o cosas por el estilo...pero nadie puede decir que trabajé mal y eso es lo que a mí me importa.

Para el sostenimiento de una relación de largo alcance, ¿hay una estrategia especial? (el caso Pontaquarto, por ejemplo).

Hubo una estrategia en el caso de Pontaquarto, desde la intuición (porque al principio no era información) de que esa persona sabía algo. Se decidió no olvidarlo, seguir llamándolo, siempre en esta relación de confianza de la que hablaba antes. Yo con Pontaquarto me permití, ni bien logré su confianza, que él dijera que conmigo fuera a hablar del caso. Y eso implica hasta un trabajo psicológico en algún sentido importante, porque la otra persona se relaja, siente confianza, y sabe que se va a respetar lo que él dice; al mismo tiempo en la revista TXT yo pude poner que él era un corrupto. Y ese es el equilibrio difícil que creo que el periodista no debe perder. Hablé con él y le dije que le iba a hacer la entrevista, pero que no iba a poner que él era un héroe nacional. Lo claro es que él era un corrupto, y que se arrepintió como pocos o como nadie, y pateó el tablero. Eso yo lo rescaté, pero no pude dejar de explicitar que formó parte de una organización mafiosa y fue un factor fundamental para que esa organización funcionara. Y eso es lo que creo que hay que advertir a la persona en cuestión antes de realizar la nota, decirlo en esos términos.

A la intuición hay que darle mucha importancia. Me pasó algo parecido con el ex senador Emilio Cantarero (uno de los acusados de percibir las coimas, del Partido Justicialista). Antes de hablar con él yo presentía que algo iba a decir. La intuición es la que hace que un periodista busque en lugares donde los demás no lo hacen. Esa es la clave de encontrar la fuente en el lugar y momentos justos.

¿Los medios establecen los contactos con las fuentes y se los “imponen” a los periodistas?

No me ha sucedido, pero no puedo generalizar esto peor aún en estos tiempos que son más difíciles para el ejercicio del periodismo independiente. Hoy existe un gran compromiso por parte de los medios y eso incluye el determinar las fuentes.

Cuando estaba en el diario La Nación, y estaba acreditada en el Senado, tenía mucha independencia porque yo era quien conocía de cerca todo lo que ocurría ahí. Mi editor estaba en el periódico y no conocía el mundo interno del Senado.

Todo lo que pasaba en el Congreso, en líneas generales, se enteraba por mí. La mayoría de veces no me indicaron con quién debía hablar. Pero sí ha ocurrido que el diario tenía senadores que eran intocables, por supuesto. A veces me sugerían que llame a tal o cual para consultarle sobre determinado proyecto o tener alguna declaración. Fueron pocos casos. Casi la totalidad de las fuentes que manejaba me pertenecían.

Ahora pienso que la situación es más difícil. El margen para maniobrar los contenidos ha sido reducido. Los diario, con la excusa de la política oficial, les sugieren a sus periodistas incluso cómo deben escribir sus notas. Siempre en cada medio hubo intereses políticos y económicos que se cruzaban con la labor periodística.

¿Y respecto al tratamiento de las fuentes?

Creo que en Argentina abusamos en el uso del off the record o de fuentes anónimas. Me parece un defecto profesional en el que me incluyo. Muchas veces los periodistas, antes de que su entrevistado comience a hablar, le aclaran que lo que diga será usado en off. Esto es porque se da la sensación de que utilizando el off las fuentes pueden contar más. Puede ser que en las notas de temas políticos sea verdad, pero eso también conlleva el riesgo de que los periodistas seamos víctimas de operaciones de prensa. Hay que tener mucho cuidado. El 80 o 90% de muchas notas en la prensa argentina están basadas en off the records. Y esto debemos de corregirlo.

El uso del termino “fuentes confiables” lo utilizo como todo el mundo. Pero creo que no necesariamente está bien porque aparece la pregunta: para quién o quiénes son confiables. Soy honesta intelectualmente y sé que si pongo algo no es un invento, pero el lector no tiene por qué saberlo.

El manual de estilo del diario español “El País” dice que si no fueran confiables, no habría que usarlas...

Claro, es absolutamente cierto. A veces se utilizan fuentes que no son confiables, pero que en algún momento vienen bien a pesar de que quien lo diga no es demasiado honesto. Puede estar revelando algo que luego se comprobará si es veraz o por lo menos aportará una postura, una posición que se necesita para balancear una nota.

Los medios muchas veces se jactan del no abuso del off the record, en sus manuales de estilo o en sus normas no escritas...

La teoría muchas veces está divorciada de la realidad. Recientemente, hubo un caso en Argentina que marca la pauta de cómo se maneja este tema y los riesgos que conlleva. Fue el caso de la información en torno a los acuerdos económicos entre China y la Argentina que iban a ser anunciados en el marco de la reciente visita de Hu Jintao, presidente de China a la Argentina. Fue el colmo del off the record con funcionarios de primer nivel brindando información de este tipo a muchos medios y después desmintiendo las versiones, incluyendo la postura del Presidente que culpó al periodismo de haber difundido estos informes sin dar a conocer las fuentes de la información. Éstos son los riesgos del off the record.

Hay una cultura, sobre todo en la sección política, de hablar en off the record. Los políticos y los funcionarios se sienten más liberados hablando así. Están acostumbrados a brindar información en off en un alto porcentaje (80 ó 90%).

Entonces, el periodista se tiene que acostumbrar para poder recibir información y poder competir. Eso hizo que se subvirtieran de alguna manera los valores del off the record. Todos son cómplices de un sistema que en cierto sentido favorece a todos y el único perjudicado es el lector porque queda a su buena voluntad el hecho de aprender o no.

Protagonicé en La Nación un episodio conflictivo en el uso del off the record. Cuando estaba cubriendo el Senado, en medio de las denuncias que comienzan a darse acerca de las coimas a mediados del año 2000, me contacté con el senador Cantarero. Pacté una entrevista off the record que él sabía que se iba a publicar y por la que dio su consentimiento sin que se difundiera su nombre, claro. Eso se cumplió. Al día siguiente, cuando se publica la entrevista, él queda atrapado en un fuego cruzado entre sus compañeros de bloque (del Partido Justicialista, entre los cuales estaban la mayoría de los acusados), quienes lo obligaban a que saliera a desmentirme porque él había confesado en ese grupo que había sido la fuente.

En el transcurso del día en que se publicó la noticia, me reuní con él en 3 oportunidades, y en todas las veces le aclaré que no me desmintiese, porque el pacto off the record es un pacto de a dos: "Usted me da una información, yo lo respeto, pero usted no me desmiente; y si usted me desmiente, yo publico su nombre". Fue una negociación muy fuerte, porque a él lo estaban presionando para que me desmintiera. Finalmente cuando da la conferencia de prensa, prácticamente asume que había sido él el que había hablado conmigo y que no me había dicho lo que salió publicado.

Cuando vuelvo al diario se adoptó el criterio de dar a conocer la identidad de la fuente, dado que el pacto del off the record había sido quebrado. Nosotros respetamos a rajatabla el pacto. De hecho, Cantarero había pedido que ni los principales directivos del medio supiesen que me había dado la información, y yo lo cumplí a morir.

Cuando dije que no iba a revelar la identidad, el diario respetó mi decisión. Y después en forma compartida se tomó la decisión de revelar el nombre. Fue una situación muy límite, si volviese a ocurrir no sabría decir si reaccionaría igual o no. Fue una decisión límite, rara, polémica. Pero que quede claro que el diario no me forzó a hacerlo. Estaba establecido con el propio senador qué pasaba si se violaba el pacto, y él lo quebró. Le avisé hasta el final. El error fue de sus compañeros de bloque, que lo forzaron a desmentirme. Si no hubiera sucedido eso, hasta hoy yo hubiera mantenido el secreto.